

Viaje a través del mundo 3: La Historia

Massimo Tèni

Entrevista a Jacques Le Goff

Como se advertirá, incorporamos una nueva sección a nuestra revista: El título de la misma está tomado de la teoría de los tres mundos elaborada por el filósofo de la ciencia vienés Karl Popper, quien incluye como objeto del mundo a los tres pensamientos en el sentido objetivo esto es, las teorías, los enunciados, los problemas y los argumentos. De la misma manera se llama la sección de la revista socialista italiana *Mond Operato*, en donde fue incluido el magnífico reportaje a Jacques Le Goff que ahora reproducimos.

Con la reciente muerte de Fernand Braudel, La herencia de Marc Bloch y de Lucien Febvre ha pasado a aquellos historiadores de la tercera generación de los Annales que en los últimos dos decenios han sido los protagonistas de una escuela historiográfica universalmente conocida como la Nueva Historia.

De esta escuela el historiador medievalista Jacques Le Goff es uno de los más célebres y destacados exponentes, y en la actualidad se desempeña como director de investigación en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales. Autor de obras fundamentales, Le Goff sostiene la tesis de un largo medioevo que engloba toda la historia moderna del occidente europeo hasta mediados del siglo XIX.

La vastedad de esta perspectiva histórica y la particular sensibilidad respecto de los problemas de método hacen de Le Goff el interlocutor ideal para una entrevista sobre la historia en cuanto a campo de investigación y disciplina de enseñanza. Es un discurso tanto más difícil y delicado en un momento histórico en el que se siente la exigencia de ajustar cuentas con el compromiso dejado por Braudel.

*En otra oportunidad hablamos sobre todo el problema religioso en el medioevo. Ahora en cambio quisiera hablar de la*

*historia y de los historiadores, de su metodología y de sus relaciones con las otras ciencias sociales. Y me gustaria que empezara hablando de la herencia de Fernand Braudel y del problema de la narración, ¿No se plantea una alternativa entre la historia estructural y la historia de los acontecimientos entre la estructura analizada no sólo por los historiadores sino también por estudiosos de otras disciplinas como Lévi-Strauss, Michel Foucault y Jean Starobinsky y la narración tradicional?*

Si usted quiere intentaré dar una respuesta pero no entiendo bien que relación puede hacerse entre Braudel y todo esto.

*Braudel es un poco el emblema de una investigación orientada hacia la "estructura" de la historia en la "larga duración" y no de una narración que prosiga una cronología.*

Es cierto. La cuestión que usted plantea está efectivamente vinculada a recientes controversias sobre la historia y en particular a lo que se ha dado en llamar el retorno de la narración, o el retorno de los acontecimientos en la historia. Me adelanto a decirle que se trata de falsos problemas que ya no tiene importancia para los historiadores. Pero se trata también de dos cuestiones distintas que aparecen confundidas. Comencemos por la narración. Pienso que el tiempo de la historia-narración ha terminado y que aquellos que quieren restaurarla dan la espalda a la realidad científica. Por lo demás, quién sobre todo propuso este retorno de la narración, me refiero al historiador inglés Lawrence Stone que desde hace tiempo vive y trabaja en los Estados Unidos, ha reexaminado sus mismas afirmaciones tanto en ocasión de recientes conferencias en Francia como en conversaciones privadas que mantuve con él. En ambas circunstancias reconoció haber elegido el término historia-narración más bien más bien como un desafío, pero que en realidad no era para él algo importante. El hecho es que necesariamente debe haber narración en la historia. En la sociedad en que opera como disciplina, la historia no puede abstenerse de la narración. Desde un punto de vista pedagógico se tiene la abso-

luta necesidad, en la enseñanza y en la divulgación, de recurrir al relato.

Por lo demás la llamada historia-problema no está en oposición con la historia-relato. Ahora sabemos bien que la narración no es de por sí inocente es el producto de una construcción y desde una ideología. En realidad la historia-narración es simplemente uno de los modos en que la historia se expresa, y siempre tendremos, creo, necesidad de ella. Pero tengo que destacar que no existe más la posibilidad de reducir la historia a una mera narración. Todo esto ha terminado, forma parte ahora de la prehistoria de la historiografía.

*De algún modo usted ha corregido las términos de mi pregunta haciendo una distinción entre "retorno de la narración" y "retorno del acontecimiento".*

Sí, el discurso sobre el acontecimiento es muy diferente. Y al respecto se ha dado en la historia y entre los historiadores una gran evolución. Es un discurso que remite inevitablemente a la figura de Braudel. Su reciente muerte nos ha dejado a todos trastomados, sobre todo a aquellos que, como yo, lo han conocido, frecuentado y querido, pero también en general a todo el ámbito de los historiadores. Incluso un público más amplio sintió la irradiación de esta fuertísima personalidad. Lo cierto es que frecuentemente se ha hecho una mala lectura de Fernand Braudel. Me refiero a su fundamental artículo de 1958 al que se acostumbra designar como el artículo de la "Larga duración". En efecto, lo que este artículo proponía era una lectura de la historia según ritmos diferentes. Más exactamente, según tres ritmos.

Lo que se ha tomado porque era el aspecto más nuevo, ha sido esta historia de las estructuras, la historia de aquello que en la historia cambia muy lentamente. Una historia que puede ser tanto historia económica como historia de las mentalidades o bien historia de la vida material. Aquí se puede individualizar el nivel de las estructuras, aunque no era precisamente éste el pensamiento más sutil de Braudel. Pero si se quiere verdaderamente captar su sentido se debe ubicar

este artículo de Braudel en el momento histórico en que fue concebido y escrito. Es el momento de la gran boga del estructuralismo y en particular de Lévi-Strauss. Fernand Braudel está muy impresionado por Lévi-Strauss y por el estructuralismo. Tiene mucha admiración por Lévi-Strauss, pero al mismo tiempo percibe un peligro. Y el peligro consiste en la posibilidad de que el estructuralismo resulte un enemigo mortal de la historia. Porque el estructuralismo empujaba acaso, en sus formas más extremas a una negación del tiempo y a una negación de la evolución, o sea a una inmovilización de la historia. Sobre este punto Braudel y su discípulo, y gran amigo mío, Emmanuel Le Roy Ladurie no siempre fueron, a mi parecer, lo suficientemente prudentes. La expresión "historia casi inmóvil" me parece ya bastante peligrosa, ellos no obstante se permitieron escribir y hablar de "historia inmóvil". Para ellos era una *boutade*, pero siempre es una *boutade* peligrosa. Porque tal expresión tomada a la letra no puede menos de crear una contradicción. La historia, por definición, es el cambio. La historia es el movimiento y no existe una historia inmóvil. Sin embargo se da el hecho de que existe una historia de fenómenos profundos y fundamentales, que se desenvuelve muy lentamente. Éste para Braudel era el primer nivel de la historia.

A éste acompaña un segundo nivel de fenómenos que se producen y se desenvuelven menos lentamente y están en general sometidos a una ritmuedad periódica. Braudel arribó a tal concepción gracias a los economistas y a los historiadores de la economía y en particular gracias a un estudioso por el que sentía gran admiración, al que estaba muy vinculado y con el cual llevó a cabo empresas muy importantes: me refiero al historiador Ernest Labrousse. Se trataba de una concepción que abarcaba una historia de las fases de la economía mundial, caracterizada por fases de aumento y disminución de los precios. Esta historia de los precios fue para Braudel y para muchos historiadores de su generación el indicador fundamental de una evolución histórica, ...andada de aquella que Labrousse llamó fase A, o sea la fase de la expansión y ascenso de los precios, y fase B, o sea

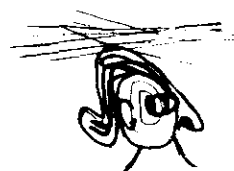
la fase de regresión y de disminución de los precios. En estos términos, se puede atribuir al ritmo y al nivel de la larga duración la palabra "estructura" y al ritmo y nivel de las fases A y B la palabra "coyuntura". Pero existe también un tercer nivel, que con demasiada frecuencia ha sido olvidado, el de la historia rápida, el de una historia que Braudel considera más superficial. Aquí existe todavía una cierta influencia de Lévi-Strauss y una cierta consideración por la distinción, hecha por Lévi-Strauss, entre *sociedades calientes* que se desenvuelven rápidamente, vale decir las sociedades que justamente han sido llamadas históricas, y las *sociedades frías* que por el contrario se desarrollan muy lentamente y que son el campo natural de los estudios etnológicos. Hoy la mayor parte de los historiadores ha dejado de creer en esa distinción entre sociedades frías y sociedades exclusivamente calientes. Se puede en cambio decir que las sociedades calientes tienen una cierta frialdad, que es exactamente la larga duración. Y se puede decir que las sociedades frías de algún modo se calientan en la medida de que, como sabemos con cada vez mayor precisión, terminan entrando a su vez en la historia. Por lo demás, la hipótesis de que las sociedades frías existieron está vinculada a una fase particular de la historia: aquella en la que era posible la existencia de sociedades más o menos aisladas. Pero con los grandes descubrimientos geográficos; con la ciencia actual, con el mundo finito - como lo ha llamado Pierre Chaumy - y con la internacionalización y mundialización del universo humano no hay y no puede haber sociedades frías.

Volviendo al nivel rápido de la historia, que para Braudel era superficial, se lo puede definir como el mundo de los acontecimientos. Es verdad que Braudel los subordina a aquellos ritmos que en historia le parecían más fundamentales, esto es la coyuntura y la estructura. Pero nunca negó la existencia de los acontecimientos, como lo demuestra el hecho de que la tercera parte de su obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* es una

historia que ciertamente se la puede definir como una historia de los acontecimientos.

Se ha hablado de un retorno del acontecimiento, sobre todo con relación a la historia contemporánea.

Es verdad. Pero es un discurso algo distinto: el de la evolución de las sociedades contemporáneas. Y aquí entra en juego una componente que, como sucede frecuentemente, es a la vez consecuencia y causa: los media. Y resulta una banalidad destacar la importancia de los media, pero es claro que ellos ponen en primer lugar a los acontecimientos, por toda una serie de razones, algunas de las cuales son evidentes. En primer lugar por un modo de responder al ritmo de producción de la información; la información debe adherir al presente, a aquello que ha sido llamado la historia inmediata. Y ella no puede sino transmitirse a través del acontecimiento. Por otra parte los media no son en modo alguno, no más de lo que lo ha sido la historia tradicional, un simple registro de lo que sucede. Los media construyen la información, y hasta diría que directamente la crean. Los media son por lo tanto creadores de acontecimientos. Y son también una forma de poder que, desde siempre, como toda forma de poder, se manifiesta a través de los acontecimientos. Tenemos por ende un retorno del acontecimiento, pero de manera que no altera las adquisiciones logradas por la renovación de la historia y en particular por el aporte personal de Braudel. Quiero decir que ahora, en la historiografía actual, el acontecimiento está necesariamente vinculado a los otros dos grandes ritmos de la evolución histórica: los de la coyuntura y los de la estructura. Y a mi respecto quiero citar, entre las tantas posibilidades, una obra que me parece una obra maestra y eficaz ilustración de la nueva concepción de acontecimiento: me refiero a *Domingo de Bouvines* de Georges DUBY. Sin embargo, la verdadera novedad emergió en el contexto de una historia contemporánea en fase de crecimiento y afirmación. En efecto, la historia contemporánea aparece como un campo verdaderamente nuevo de la historia, a la que no se



le puede aplicar los métodos de la historia tradicional. No tiene sentido por lo tanto dejar impresionar por un presunto retorno de la narración que, repito, representa una concepción de la historia definitivamente superada. Y ni siquiera tiene sentido enfatizar el retorno de una historia de los acontecimientos tradicional. Es que ahora no sólo debemos dominar y explicar bastante bien el acontecimiento sino que además el acontecimiento está cada vez más ligado a la historia contemporánea y constituye una gran parte de la historia misma.

*De acuerdo. Pero me parece que las cosas se complican con relación a la cronología; que constituye el soporte y el presupuesto de la historia tradicional pero que evidentemente ya no puede ser la misma. Aquella que François Furet definió como una "escala del tiempo" implícita en una historia entendida como la verdadera "novela de la naciones". ¿Cuál será entonces la cronología de su nueva historia del acontecimiento?*

El oficio de historiador jamás podrá ser fácil. Sea como fuere, la historia dispone ya de una nueva cronología, de fácil utilización. Se trata de la antigua sucesión cronológica, pero modificaciones en los contenidos. En los últimos dos años presidí la Comisión Nacional para la renovación de la enseñanza de la historia en Francia. Y como usted sabe, el problema de la cronología ha sido uno de los problemas más controvertidos en el ámbito de la enseñanza francesa. En los programas y manuales escolares existía una tendencia a hacer casi desaparecer el aprendizaje de los datos que en el pasado pautaron la enseñanza de la historia. Sin embargo, sectores cada vez más consistentes del cuerpo de profesores y de la opinión pública reclaman el retorno a la cronología tradicional. Y bien, a nosotros nos pareció realizar un gran progreso cuando propusimos un cambio de la naturaleza de los datos considerados importantes. Como usted sabe, la historia estaba hecha sobre todo de acontecimiento militares, diplomáticos y políticos. Obviamente no hemos eliminado de la cronología escolar todos estos acontecimientos. Algunos de ellos permanecen a nuestros

ojos como muy importantes y hasta diría casi irrenunciables en cuanto a puntos de referencia. Pero existen también otros acontecimientos de gran relieve: acontecimientos de orden religioso, de orden científico, de orden tecnológico, de orden cultural. Así las cosas, propusimos incorporar cierto número de acontecimientos de este género que no formaban parte de la cronología escolar tradicional. Por ejemplo, la fundación de la orden de Cluny en el 910 -como usted sabe soy un medievalista y por lo tanto me permito citar los casos referidos a mi campo de estudio- nos pareció un acontecimiento apropiado para mostrar la importancia del fenómeno monástico y religioso en el medioevo. Otro ejemplo: señalamos en el fin del siglo XI la aparición de la primera gran obra literaria en la lengua vulgar: me refiero a la *Chanson de Roland*, claro está. Y sobre una fecha he insistido mucho para que fuera considerada entre las más importantes: 1539, año al que corresponde el decreto real de Villiers-Cotterets que hace obligatorio el empleo del francés en la administración.

Esta es una primera aclaración sobre la cronología. Pero quisiera hacer otra observación. El problema es siempre poner en evidencia los datos importantes y significativos. Ahora la historia se ha ampliado porque otros tipos de fenómenos resultaron más importantes en la explicación de la evolución histórica que aquellos que considerábamos en el siglo XIX y en la mitad del siglo XX. En este sentido, lo que nosotros queremos, para una buena enseñanza es que se explique bien a los jóvenes por qué proponemos estas fechas. No son y no deben ser números a prender estúpidamente de memoria. Los jóvenes deben saber por qué nos detenemos sobre un cierto lugar y tiempo de la historia. Deben saber qué significa esto. Se trata de datos que permitan adentrarse en la evolución de los otros ritmos de la historia: los de la coyuntura y los de la estructura. En este sentido son significativos los casos que acabo de mencionar de la *Chanson de Roland* y del edicto de Villiers-Cotterets. A través de estos dos acontecimientos se puede reconstruir un fenómeno plurisecular de gran importancia como es, en nuestra civilización, el pasaje del latín, en cuanto



única lengua culta, a las lenguas vernáculas y nacionales. Se entiende así lo que esto significa desde el punto de la historia política y de la historia de las mentalidades. Nos encontramos aquí frente a acontecimientos cuya resonancia es extremadamente importante. Es necesario por lo tanto que se sepa que la existencia de tales acontecimientos, cuya cronología se junta nuevamente con el movimiento lento y profundo de la historia. Y en este punto me parece oportuno recurrir a la acostumbrada y vieja metáfora: queremos de las fechas que marquen el punto de Leeberg, y queremos que, a partir de estas fechas, nos veamos de algún modo obligados a descentrar hacia la masa del mismo Leeberg. Esto no es todo. Queremos también que haya una nueva periodización. Nos debemos dar cuenta de que no se puede entender la historia disponiendo sólo de coordenadas acontecimentales sino que son también necesarias las referencias de más larga duración. Son necesarios también los periodos. Nuestros progenitores y bisabuelos lo entendieron cuando concibieron la noción de siglo. Es un episodio en el que no se piensa mucho, pero que en la historia de la formación de una instrumentación mental de Occidente constituye un hecho capital. Hoy aparece como obvia la idea de que cambiando el número de siglo se entra en el ámbito de un nuevo universo de la historia. Pero esta noción no era tan obvia cuando fue inventada por eruditos alemanes del siglo XVI. Se trata, por lo tanto, de un instrumento relativamente reciente y en todo caso de un instrumento que ha desempeñado un rol importante y positivo. Hoy estaríamos perdidos si no pudiésemos hablar del cuarto siglo antes de Cristo, o del siglo XII o XIX. Dicho esto, sin embargo no debe olvidarse que la noción de siglo, que ha sido de gran ayuda, es también un obstáculo y puede incluso ser paralizante. Es que, en efecto, la historia no cambia necesariamente cuando cambia el número de siglo. Como podrá advertir, estamos aquí en el corazón de los problemas del oficio de historiador y de la historia en cuanto disciplina intelectual.

*En efecto, la noción de siglo parece haber dejado de ser funcional en el caso de una revolución.*

Es verdad, pero considero que de cualquier forma la noción de siglo no puede subestimarse. Ella tiene madurez, simplicidad y una eficacia insustituibles.

Pero el problema que usted me planteado me remite a un aspecto de la cronología que está suscitando un verdadero debate entre los historiadores dedicados a la investigación. Es una polémica poco espectacular respecto de aquellas que accedieron al conocimiento del gran público, pero que es extremadamente importante. Se trata de la cuestión de los desfases de la evolución histórica. Hasta tiempos recientes la mayor parte de los historiadores, marxistas o no, vivieron en la idea de que el conjunto de los hechos históricos y de todo aquello que constituye una sociedad y una civilización se desarrollaban más o menos con el mismo ritmo. Teníamos *in mente* una imagen fluvial: la historia es como un río cuya masa avanza toda junta. Cuando más se podía pensar que, como en los grandes cursos de agua, el centro procedía un poco más velozmente que las corrientes laterales que chocan contra la ribera moderando así su flujo. Pero ahora sabemos que esto no es verdad. Que en la sociedad existen desfases y retardos. Y este es un fenómeno que aparece como esencial en el gran debate actual sobre el concepto de revolución. ¿Cuáles son verdaderamente estos acontecimientos que en tan poco tiempo trastornaron todo esto? Tal es lo que nos debemos preguntar si queremos dar un contenido a la idea de revolución. Pero sobre este punto no es necesario dejarse influenciar por las polémicas sino en todo caso ver lo que la evolución de la ciencia histórica nos dice sobre la idea de revolución.

En mi opinión existen eternamente las revoluciones. Hay momentos en que una gran parte de los fenómenos esenciales que constituyen el movimiento histórico cambian fundamentalmente y también brutalmente. Aunque es evidente que no todo cambia. Por ejemplo, ahora sabemos que en la revolución francesa no hubo un cambio

sustancial desde el punto de vista cultural: por largo tiempo la literatura y el arte se mantienen prácticamente inalterables respecto del antiguo régimen. Y si tomamos el caso de la revolución de 1917 - tema del cual no soy especialista- creo que nos podemos enfrentar a una situación similar, es cierto que en un contexto distinto caracterizado por ejemplo por el problema del realismo socialista en el arte. Volviendo a la revolución francesa, ella representa el fracaso de una ruptura que quería ser total. No me refiero al campo religioso en general sino a un aspecto muy particular, **vinculado a la cronología**: el calendario revolucionario. He aquí un contratiempo de la revolución. Se trata de algo que no se ha logrado cambiar y que existe desde fines de la antigüedad: **era un calendario profundamente signado por la religión dominante, el cristianismo** y que dependía sustancialmente de ella. Por lo demás **ha generado una nueva división del tiempo cuya importancia va mucho más allá del ámbito de una religión**.

*Critique* el movimiento, que se produce muchas veces en la historia, de una generación que expresa con una fuerza particular, aunque no excepcional, su rechazo de las generaciones precedentes. Sin embargo, yo encuentro en el siglo XII expresiones igualmente fuertes de personas que se dicen modernas contra otras personas que se denominan antiguas. Entendámonos: por antiguos ellos no entienden a los paganos de la antigüedad sino que se refieren a hombres que anteceden sus generaciones. Por ejemplo: consideran antiguos a los hombres de la época carolingia. La famosa *querelle* de los antiguos y de los modernos producida en los siglos XVII y XVIII a su vez a contrapuesto a generaciones de este tipo. Por eso no me dejó impresionar en lo que respecta a las reivindicaciones de ruptura de los hombres del Renacimiento.

Pasemos ahora a los historiadores del siglo XIX. Tengo *in mente* a dos grandes hombres que tuvieron una considerable influencia. Ante todo a Jules Michelet, respecto del cual tengo la más viva admiración. Pero esto no me impide reubicar a Michelet en su época, ver sus límites y eventualmente sus errores, que dependen tanto del

momento histórico en el que vivían como de ciertas lagunas de su personalidad y de su inteligencia. El Michelet romántico, después de haber introducido, como lo he demostrado en un artículo, una buena parte de su romanticismo en su visión del medioevo, que para mí ha sido una época de luz, resulta para Michelet una época de oscuridad, respecto de la cual la luz y el progreso arriban sólo con Lutero. Tenemos por tanto un Renacimiento religioso. Pero todo esto carece de seriedad. Hoy sabemos bien que la Reforma y el Protestantismo no han sido en absoluto una ruptura respecto de lo esencial de los contenidos religiosos e intelectuales de las tradiciones precedentes. Permanece el hecho de que la reforma marca una época extremadamente importante y puede ser objeto de una subperiodización, no porque sea moderna, dado que no lo ha sido del todo, sino porque con ella sucede en Occidente una cosa esencial: no existe más una sólo religión dominante sino que pasan a existir dos religiones. Se puede encontrar aquí el inicio del pluralismo típico de Occidente, y Michelet tiene razón al decir que desde entonces se comienza a respirar un poco. En efecto, también yo encuentro muy irrespirable mi medioevo.

Pasemos ahora al otro gran hombre, el suizo Burckhardt. Para éste la historia es ante todo la civilización y la cultura. El mira al Humanismo y a Italia. Y aquí detecto una gran paradoja. Porque si existe un país en el cual no se puede usar la periodización tradicional, que del medioevo lleva al Renacimiento, este país es Italia. Contrariamente a todas las apariencias, en Italia el renacimiento comienza en el siglo XII. Por lo tanto el país que parece ser el modelo del Renacimiento es el país respecto del cual tal modelo funciona peor.

Otro hecho a recordar que tiene muy impresionado a los historiadores y que en conjunto es en mi opinión el más importante: me refiero a los grandes descubrimientos. Es un hecho que no concierne solamente al descubrimiento de América sino que representa el inicio de aquello que Pierre Chaunu llamará el "mundo finito", vale decir el mundo que conoce verdaderamente sus fronteras, el mundo que

está en relación con todas sus partes y que de cualquier modo está encaminado a estarlo. Esto es muy, pero muy importante. ¿Pero en qué momento este hecho se concreta verdaderamente? En el siglo XIX. Porque, ¿qué valor puede tener un mundo finito en el que el conocimiento se reduce a algunos puertos de los grandes o de pequeños lugares dispersos acá o allá? Sólo en el siglo XIX, o mejor dicho en los siglos XIX y XX, este mundo finito resulta una realidad, pues habrá que esperar la irrupción de los modernos medios de comunicación para que esto sea posible. En cambio, en lo respecta al Renacimiento, cuando miro la tecnología, la economía, la política, no veo nada fundamentalmente nuevo. Veo solamente realidades que pueden más o menos constituir subperíodos. Es cierto que si leo Maquiavelo me doy cuenta que no es más Santo Tomás. De acuerdo. Pero si leo Santo Tomás me doy cuenta que no es más San Agustín. Todo esto no es tan fundamental. En cambio cuando arribo a la mitad del siglo XIX, entonces las cosas se cambian, aunque no a la misma velocidad, no en todos los campos, no en todos los países de Europa y no en el mundo entero. Si luego se considera el campo que desde hace tiempo ha resultado más específicamente mío, aquello que yo llamo el campo de la cultura, de la cultura profunda y de las mentalidades, de las imaginaciones y de las creencias, aquí entonces verdaderamente, la continuidad, desde la antigüedad hasta la mitad del siglo XIX es absolutamente sorprendente. En los temas y en los textos que estudio, en los relatos, en los tipos de creencias, la cultura de mi medioevo comienza en alguna parte entre los siglos XI y XIII y concluye en alguna parte entre la mitad del siglos XIX y el inicio del XX. Aquí encuentro algunas cosas mucho más profundas y mucho más coherentes. Por eso yo espero que habrá de darse una evolución respecto de la periodización aun vigente y que esta idea de un "largo medioevo" vaya siendo gradualmente aceptada. Deseo que se conserve sin embargo el sentido de la medida y que un cierto número de subperíodos de articulaciones intermedias no sea olvidado. Por ejemplo es ciertamente innegable que algunas cosas de importancia suceden entre los

siglos XVI y XVII: con el nacimiento de la ciencia moderna se produce indudablemente un gran progreso. Pero es en el ámbito de mi largo medioevo que veo aparecer, hacia los siglos XI y XIII, la idea de crecimiento y, en el siglo XVII la idea de progreso. Estas son dos cosas importantes, porque pienso que no puede existir una evolución o una revolución fundamental si no es acompañada por una toma de conciencia.

*De acuerdo, pero su "largo medioevo" quita prácticamente todo espacio a la historia moderna. Y ya no se sabe donde colocar a la llamada modernización.*

Dado que la historia se desarrolla, el proceso de modernización es un proceso que continúa siempre. En particular existen dos problemas respecto de los cuales siempre vacilo entre el divertimento y la irritación: el problema de la modernidad y el problema de la emergencia del individuo. No hay "épocas", querido amigo, no hay "épocas" en las que razones justificadas y fundadas no se pueda dedicar un párrafo, o un capítulo, o un libro a la modernidad de determinado siglo. Así, se ha podido hablar de la modernidad del siglo X, y de una manera para nada estúpida. Sobre esto hubo hace cerca de veinte años un interesantísimo coloquio americano. Quiero decir que hablar de modernidad no significa mucho, pues la modernidad está por todas partes. Prácticamente no existe época en la que no suceda alguna cosa que justifique el hecho de hablar de modernidad. En sustancia, siempre existe la modernidad. Por otra parte, en la mayor parte de los períodos, está de más decir que se toman los períodos de una cierta longitud, está presente y visible este problema fundamental. No tengo ninguna simpatía ni talento para la filosofía de la historia, pero hay un tema constantemente presente en la sociedad del pasado respecto del cual debo reclamar la atención: la lucha entre la colectividad y el individuo que periódicamente ve a éste realizar progresos y conquistas. Esto es particularmente evidente en el período que yo he estudiado. Usted sabe que personalmente examiné fenóme-

7

nos de creencia y de imaginario relativos al Purgatorio. Bien, ya no pueden existir más dudas: el Purgatorio está vinculado a la emergencia del individuo. Es que el Purgatorio está íntimamente ligado a la promoción del juicio individual en el momento de la muerte. Si hay algo que es evidente y muy importante es precisamente esto. Entonces, como usted ve, tomo los términos Antiguo-Antigüedad, Medioevo y Edad Moderna por lo que son, esto es, por simple comodidad. Hago uso del término medioevo y él no me perturba. Y en la medida en que lo que precede al medioevo, ha sido llamado tradicionalmente antigüedad, de la misma manera nos encontramos ahora en un momento en el que efectivamente no podemos llamar sino moderna y contemporánea a la historia en la que vivimos. En consecuencia, lo que está en medio las dos, ¿por qué no llamarlo medioevo? Es probable que llegará el día en que se darán dos posibilidades: se encontrará ya que no se puede recurrir a estas etiquetas porque no sirven para la periodización, o bien se continuará conservando la palabra porque es útil, porque ha entrado en la mentalidades, y se dirá medioevo sin pensar que a él debe seguir otra cosa que preludia algo distinto. ¿Quién, actualmente, cuando se dice gótico, piensa en el pueblo bárbaro que se instaló en Occidente entre los siglos III y V? Debe ser una palabra cómoda en la medida en que no se ha encontrado otra. ¿Entonces por qué cambiarla? No existen razones para ello, por lo menos en el punto en que estamos, por lo que sabemos de historia, por lo que pensamos que es la historia, teniendo siempre presente la ambigüedad entre la historia tal cual es y la historia tal como los hombres y los historiadores la hacen.

A este propósito recuerdo en particular un fenómeno del cual no se piensa con frecuencia: la creación de la semana. Este es para mí un hecho fundamental. ¿Hasta ese momento qué había sucedido? Ocurría, como creo que usted sabe, que las divisiones eran divisiones de orden decimal: cada diez días y los múltiplos de diez, y a veces de doce. Es por eso que respecto del ritmo de trabajo y del no trabajo, él estaba únicamente vinculado a las fiestas religiosas, las

cuales estaban distribuidas de modo muy irregular en el calendario anual. La liturgia recoge, es verdad, estas listas y, como usted sabe, ha tenido la sabiduría de no incurrir en el infortunio en el que luego cayeron los revolucionarios de la revolución francesa de colocar todas las veces que fue posible todas las fiestas cristianas en el puesto de las más antiguas fiestas paganas. Pero de ahí en más existe este fundamental ritmo semanal: hay seis días de trabajo y uno de reposo. Sin duda las motivaciones son sustancialmente religiosas, pero piense usted en lo que todo esto representa para la vida económica, la vida social y la vida política.

Personalmente miro sobre todo lo referente a la vida económica y estoy persuadido que la adopción de la semana ha sido un evento fundamental para la suerte del Occidente cristiano. Es que ese ritmo, seis días de trabajo y uno de reposo, cambió todo en lo que respecta a la utilización de las fuerza productivas y a la organización técnica, económica, y ~~Actual~~ política de la sociedad. Este ritmo ha permitido, entre otras cosas, una disciplina de la vida económica, de la actividad productiva. Se trata por lo tanto de un hecho, nos referimos a la introducción de la semana, verdaderamente fundamental, que corresponde destacar en el ámbito de la nueva cronología que intentamos promover. Lo que no es fácil, porque, como usted puede intuir, todo esto suscita conflictos no sólo con la tradición de un oficio sino también con las posturas ideológicas.

*Quisiera volver a su discurso sobre la revolución. Puede ser cierto, como usted dice, que la revolución francesa fracasó en su intento de imponer su concepción del tiempo y un nuevo calendario. Sin embargo, lo cierto es que no se puede decir lo mismo de la revolución si se la ve desde la perspectiva de sus resultados posteriores.*

Así es. Pero mi discurso quedó a mitad de camino. Ciertamente en la revolución se produce una ruptura, la fase que se puede llamar violenta, o también definir "acontecimental". Una fase por otra lado



muy claramente evidenciada en los libros de historia, donde se dedica una cincuentena de páginas a 50 años de historia, y luego, cuando se llega a la revolución francesa, son diez las páginas por año, y aun más. Sin embargo una revolución se realiza también en la larga duración. En la que respecta a la revolución francesa, todos los estudios que se han hecho <sup>desde hace</sup> algunos años, ya se trate de Francia o de otros países de Europa es notoria la irradiación europea y mundial de la revolución francesa muestran que la revolución se ha realizado verdaderamente después de la mitad del siglo XIX. Y todo esto ~~forma~~ ahora casi anecdótico las fases que se han establecido en las concepciones tradicionales de la revolución francesa que se inicia con la fase nobiliaria, continúa con la fase burguesa y concluye con la fase democrática. En efecto, si se considera a la revolución francesa en el espesor del tiempo es necesario agregar otras fases hasta llegar a la mitad del siglo XIX.

También en este caso puede ser de ayuda la geología, como antes, cuando se hablaba de los ríos. Sabemos bien que en la historia de la tierra y en la cronología prehistórica existieron rápidas fases ~~y~~ *Violentas*, con ondulaciones y formaciones de montañas y por el contrario lentos avances de témpanos y cambios climáticos, desplegados en un período de millones de años, pero no por esto menos violentos en los resultados finales. Es esta la compleja dinámica de la evolución.

*Entonces es verdad lo que dice Pierre Nora en el sentido de que existen acontecimientos que son capaces de crear nuevas estructuras. Si así fuera el problema de una dialéctica entre acontecimiento y estructura está en el centro del fenómeno de cambio.*

Es muy probable. Y creo que aquí, en efecto, se deben estudiar los acontecimientos no sólo, como propuse antes: en cuanto marca y en cuanto puntos de un iceberg sino en cierta medida como uno de los motores de la historia. Este es un aspecto que está cambiando profundamente, al menos así me parece, la concepción de la historia.

Y una vez más estamos frente a los cambios que suceden sin dar lugar a grandes debates pero que maduran en la búsqueda cotidiana de los historiadores.

Hay una noción que está en germen en ~~Hay~~ que ha sido desarrollada después de él y que me parece no sólo falsa sino también catastrófica para la comprensión histórica: me refiero al concepto de infraestructura y superestructura. Es necesario modificar tal concepción de la relación entre infraestructura y superestructura y hacerla prácticamente ineficaz. Es lo que hizo mi amigo Maurice Goddard que, consciente de estas dificultades, propuso la posibilidad de considerar que tales superestructuras se conviertan en cierto momento en ~~superestructuras~~. En suma, dicho en términos marxistas, lo que Pierre Nora afirma de los acontecimientos. Pero entonces, a esta altura, ¿por qué hablar de infraestructura y superestructura? Creo que debemos dar cuenta de que existen diversos niveles en la historia. Pero no hablaría al respecto como de entidades subjetivas sino más bien de instrumento operativos de lectura de los que los historiadores y los hombres en general pueden disponer. La situación es ésta. Se trata de ver cuáles son las relaciones entre estos diferentes niveles, y a través de qué mecanismos lo que sucede en uno de estos niveles tiene repercusión sobre lo que sucede en los otros. Todo esto es también, como usted se dará cuenta, muy primitivo: la historia está todavía en la fase en que se balbucea. Lo que yo auspicio actualmente es que nos movamos en esta dirección, esto es, en el respeto de un rigor científico y de un método crítico, que son la prerrogativa de una historia basada en la indagación documental. Los documentos son actualmente mucho más ricos y numerosos que en el pasado y respecto de ellos el historiador no puede dejar de usarlos. Para mí es fácil distinguir en la inmensa producción hoy llamada histórica: no miro si el autor tiene o no títulos universitarios. Sólo observo dos cosas: si ha utilizado documentos y si estos documentos han sido procurados personalmente en el lugar donde fueron recogidos o si se han contentado con tomarlos de otras obras.

*Me gustaría que habláramos de su concepción del "medievo" que concluye en el siglo XIX, lo cual me parece particularmente interesante para una nueva cronología de la historia.*

Creo que estamos en un momento en que se debe tomar conciencia de la efectiva duración de la historia: nosotros somos sólo la parte superior y visible de una cortísima duración de la evolución de las sociedades humanas. Este conocimiento debe hacernos al mismo tiempo más audaces y más modestos. Más audaces porque no debemos dudar en pensar la larga duración. Más modestos porque jugamos sobre una fracción ínfima de lo que ha sido y de lo que probablemente será la historia de la humanidad. Estamos ahora en condiciones de evaluar, con un grado aceptable de aproximación, los inicios de la tierra y de la humanidad, y de establecer la fecha previsible de su desaparición, a menos que no se produzca un acontecimiento que nuestra misma historia humana podría producir. Sin embargo tengo que precisar que no participo del todo del espíritu apocalíptico atómico. Considero que se trata de peligrosas fantasías que apartan la atención de la humanidad de sus tareas importantes. Y yo me niego a entrar en el juego absurdo y peligroso de las elucubraciones en torno al año 2000.

*Dejemos entonces el año 2000 y volvamos a su largo medievo.*

Me parece bien. Quiero recordar que a pesar de todo sigo siendo un historiador de los *Annales*. Pero no se trata de nostalgia sino más bien de un objetivo que ha permanecido inalterado: el de una historia total. Y este objetivo conlleva también una periodización, cosa en la que no piensan mis amigos polacos Kula y Pomian, quienes por el contrario están en contra de ella. El haber adquirido una conciencia más cierta sobre lo que es más importante en la explicación de la evolución histórica no puede sino servir de ayuda. Acaso ahora puede explicarme con mayor franqueza de cuanto lo hice por escrito

y decir claramente que mi enemigo es el Renacimiento. En mi opinión el concepto de Renacimiento ha sido el que introdujo en la periodización una perturbación totalmente injustificada. La noción de Renacimiento surgió en dos momentos. Primero hubo, en los inicios del siglo XVI, un cierto número de personajes, de los que el francés Rabelais constituye el mejor ejemplo, que han tenido el sentimiento de una ruptura con el pasado. Y luego se da el caso de los historiadores del siglo XIX que creyeron que en algún lugar y tiempo, entre los siglos XV y XVI, se produjo una gran ruptura. Pero veamos un poco los hechos. En la época del Renacimiento se puede . . . .

*¿En qué está trabajando actualmente?*

Estoy empeñado en una obra apasionante que saldrá pronto en la colección "Les Heux de memoire", que dirige Pierre Nora para Gallimard. En muy poco tiempo la habré terminado. Se trata de un trabajo que me hizo sudar mucho, en el buen sentido de la palabra. Es un texto muy largo sobre Reims, vista como lugar de memoria. Como usted sabe, Reims era el lugar sagrado del rey de Francia. Estoy estudiando lo que llamo la memoria casi inmóvil de Reims. Desde el comienzo del medievo, estamos alrededor del siglo IX - X, hasta el inicio del siglo XIX, tenemos aquí un larguísimo medievo. Estoy interesado en este ámbito, en especial el ámbito sagrado de Luis XIV. Salgo así un poco de mi medievo. La esencia de Reims como lugar de memoria ha sido precisamente la de haber intentado detener la historia. Era como una gran ceremonia que quería traducirse y cristalizarse en una práctica de vida. Así he tratado de mostrar que, en Reims, Francia permanecía como había sido en el momento del bautismo de Luis X. Es reconfortante ver una empresa de este género, ¿no le parece? Existen otras formas de la memoria histórica, pero esta es la memoria como voluntad de inmovilidad. O, mejor, como voluntad de arcaísmo. Ahora bien, el modo en que todo esto estalla a partir del comienzo del siglo IX es absolutamente apasionante. Para mi, como historiador, éstos son los temas predilectos. Son los mo-

mentos a partir de los cuales puedo fechar el nacimiento y la muerte, sabiendo bien que, contrariamente al *dislate*, expresado por Paul Valery según el cual "las civilizaciones no mueren", las civilizaciones cambian y *frayen*... Y es evidente que de la memoria representada por Reims ha salido algo que ha dejado a su vez una herencia. También al Purgatorio lo veo nacer a fines del siglo XII y morir con el Vaticano Segundo. Estaba ya al final de su vida y los desafortunados obispos y padres del concilio le *causaron* un golpe mortal. Por lo demás, esto se produce en el estilo del mencionado concilio, en donde se golpea salvajemente, la mayoría de las veces con razón.

Sin embargo, debo decir que el Vaticano no ha actuado siempre con inteligencia. Existía, por parte del Vaticano Segundo, una voluntad de modernización verdaderamente estúpida. Alguien por el que siento una gran admiración, el padre Congar, un americano que ha escrito cosas magníficas sobre la historia medieval, escribió en ocasión del Vaticano Segundo un artículo sobre el Purgatorio que verdaderamente no hace honor a su vocación de historiador. Me causa gracia: pues no soy un católico practicante y no pido por cierto que se crea aun en el Purgatorio. Exijo, sin embargo, que se lo respete, porque ha sido una de las creencias de la historia que en su tiempo han sido muy útiles.

*Para concluir: ¿qué piensa de nuestro futuro?*

Sobre esto quiero hacer una profesión de fe: el historiador no sabe nada del futuro. Necesito decirlo con claridad. Por eso yo no podría hacer nunca historia contemporánea, y si eso sucediera, me enfrentaría a muchas dificultades. Los historiadores hacemos la historia del pasado a partir del presente. En efecto, lo que queremos saber es por qué hemos llegado a donde estamos. A mi no me interesa saber como tal que cosa sucedía en el siglo XI; lo que me interesa saber es qué cosa sucedió en ese siglo para entender que sucede hoy, es éste el sentido de mi medioevo. Y es por esto, que por lo demás, me intereso enormemente por el mundo contemporáneo. Pero de qué

cosa existió después del período que yo he estudiado y no puedo no tenerla en cuenta, aunque no haga un vulgar determinismo histórico. Hoy no sé que sucederá. Ahora bien, visto que la historia se hace en gran parte retrospectivamente, sigue siendo para mi un misterio cómo se puede hacer historia contemporánea.

Dicho esto, puede haber una relación entre una preocupación por el futuro y la actual infatuación por la historia. Nuestra sociedad experimenta una necesidad que no está sólo intelectual, sino que es también ideológica, y diría, casi visceral, de saber de dónde viene con reacciones ciertamente muy diferentes. Creo que a esto no se puede encontrar una sólo motivación. En este gusto por la historia, que compruebo por todas partes, no es reconocible un solo tipo de reacción. Supongo que para unos el problema es el de desembarazarse de lo que puede aparecer como un *faux* mientras que para otros el intento es ciertamente el de encontrar un refugio. En lo que a mi respecta confío que sean cada vez más aquellos para los cuales la pasión por la historia sea un medio para comprender, para *divulgar*, para actuar. Sin que se sepa, no obstante, cuales son los resultados de la acción. Más allá de los objetivos del conocimiento, lo que se busca es una identidad individual y colectiva: la identidad nacional y la identidad cultural. Y pienso que este período caracterizado por un búsqueda de identidad durará todavía mucho tiempo. Existen pueblos que tienen una larga historia, como los de Europa, que, creo, tienen cada vez más conciencia de si en cuanto europeos. Personalmente auspicio cada vez más vivamente, y quiero que lo diga, que Europa se de cuenta que la historia, en todos los sentidos de la palabra, es para ella un *faux*! La historia no es de ninguna manera algo que se extingue; es, por el contrario, una herencia acumulativa. Y Europa dispone ciertamente de una herencia admirable. Es necesario que no se paralice y que sepa servirse de ella. Que sepa recogerla y utilizarla en cuanto Europa. Soy muy europeo y digo esto con fuerza.

Existen a la vez pueblos que no forman parte de Europa y que tienen necesidades. Todos los Estados nuevos y las naciones nuevas

Y sobre esto es muy banal lo que quiero decir: querría que se ayu-  
dase a estos países a construir su historia, pero que no se la construya  
por ello. Hemos tratado de hacerlo material y físicamente a partir del  
colonialismo. No buscamos hacerlo aún ahora por una suerte de co-  
lonialismo científico e intelectual. Estamos disponibles toda vez que  
ellos crean que nosotros podemos poner a su disposición nuestra ex-  
periencia pero sería oportuno que se constituyan su propia ciencia  
histórica, que escriban ellos mismos su historia y que no se dejen  
hipnotizar por modelos occidentales. El hecho de que la historiografía  
occidental sea muy rica y sea por lo tanto motivo de estudio y de in-  
terés para las naciones jóvenes, es de por sí positivo, pero conven-  
dría que ellos no se dejen fascinar demasiado.

Me parece que todo esto promete ser muy fascinante; e interesa-  
rá cada vez más a la historia. A la vez espero que lo haga de un mo-  
do siempre más liberal y abierto. Y está de más decir que cuando  
empleo la palabra liberal lo hago con un sentido que no tiene nada  
que ver con el empleo que le da la derecha en Francia y en otros lu-  
gares. Lo que yo tengo in mente es un espíritu de libertad. Por otra  
parte creo que la historia ha entrado en un período, que se debe  
aceptar y que es muy interesante, en el que las roturaciones conti-  
núan, pero en alguna medida se están agotando. Así las cosas, lo que  
yo auspicio es que se conserve siempre el espíritu emprendedor y el  
espíritu de investigación. Que se sepa que la historia, a pesar de to-  
do, está todavía en sus comienzos, y que disponemos sólo de resul-  
tados frágiles que debemos reforzar y, cuando sea posible, cambiar.  
Y sobre todo auspicio que no nos encontremos, a partir de las adqui-  
siciones propias de lo que se ha llamado la Nueva Historia, en la  
presión de una nueva historiografía positivista. Esta última apareció  
después de las últimas conquistas de la historiografía del siglo XIX,  
adquisición esta que se extendió a todos los planos y sobre todo al de  
la erudición. Pero luego ha llevado adelante una actitud que  
~~excentro~~ los progresos de la historia del siglo XIX. No es necesi-

rio que el fenómeno se reproduzca. Nosotros no queremos ser los  
malos esto es de la Nueva Historia.

[Traducción: Jorge Tula]

